



CAPÍTULO IX.

PATOLOGIA INTERNA.

VUELTO á su estado normal aquel aparato, dentro del cual había leído Salvador tan negras leyendas, anudó el hilo de su discurso.

—Usted me ha dicho que ama á Carlos. Carlos se llamaba el marido de Chona.

—Sí.

—Voy á probarle á usted que eso es imposible.

—Veremos.

—Carlos no tiene ya corazón.

—Pero sí yo.

—No creo en esos amores nones, Chona: sin reciprocidad no hay amor.

—Esa es una bonita teoría.

—Me gusta la provocación y entro en materia: Chona, usted no ha amado nunca, ni ama todavía, pero amaré.

—¡Cuidado, señor profeta parisiense!

—Usted se casó..... por casarse; pero al cambiar de estado no aceptó usted más que la apariencia sin modificación moral: su corazón de usted no ha tenido ni primavera ni estío: ríndase usted á la evidencia.

—¿Y eso también lo aprendió usted en París?

—Sí, ¡Chona, en ese libro maldito cuyo índice se parece tanto á la agonía del alma. Vamos, sea usted franca, ¿tengo razón?

—Sí, Salvador.

—Acaba usted de pronunciar mi nombre.....

—*Salvador*..... repitió Chona reflexionando, y levantó los ojos para ver á Salvador y enseguida agregó:

—Debía usted llamarse *náufrago*.

—Y usted *tabla*.

—¿Es muy imponente el mar?

—No, Chona: yo lo he atravesado, y como no soy poeta he llegado sin novedad.

—¡Ni el mar! murmuró Chona. Enmiéndese usted.

—¿Luego tengo remedio? Enmendarme: he aquí un bello ideal que no me había ocurrido y que usted me inspira; ¡enmendarme! quiere decir, corregirme, regularizarme: tácheme usted, Chona, bórreme si es preciso, pero ayúdeme usted á hacer esa enmendatura de mí mismo; yo me presto, prometo ser dócil; borrador como soy, me entrego á usted sin propiedad literaria, sin autor, con todos mis borrones, con todas mis entrerenglonaduras. Aquí estoy.

—Soy mal corrector de pruebas.

—¡Quién sabe! empiezo á presentir que realmente hay dos vidas, y usted, Chona, tiene la llave de la otra.

—Ya eso es mucho.

—No, no es más que la llave.

—¿Por qué no lee usted?

—Siempre he creído que no hay más libro que la mujer.

—Por eso está usted enfermo del alma, la mujer es un abismo.

—Que enseña.

—Pero no á los maestros.

—A todos. Yo he aprendido de usted hoy muchas cosas que ninguna mujer me había enseñado.

—Y sin embargo, no me tengo por una mujer de mundo.

—Tiene usted un depósito que es un tesoro; figúrese usted una planta, que como usted, no ha tenido ni primavera ni estío; es una planta virgen que encierra todos los gérmenes de la flor que no ha nacido: esa es usted, y los gérmenes de esa flor son mi medicina.

—¿Ha estudiado usted botánica?

—No, pero como soy jardinero de pacotilla es la primera vez que me encuentro una planta como usted.

—En fin, paso por ser una planta, pero

no por eso usted pasará de ser un enfermo incurable.

—¿Ha estudiado usted medicina?

—No, pero he visto enfermos y conozco los que son incurables.

—¿Y yo....

—Usted no tiene remedio.

Carlos se presentó en este momento.

Por la primera vez, Salvador se sintió contrariado en presencia de Carlos.

Carlos atravesó la sala para entrar á la pieza inmediata, fijó la atención en el estrado y dijo con profunda indiferencia:

—Hola....

—Adiós, Carlos, dijo Salvador.

Y Carlos desapareció. Traía unas libranzas en la mano.

Apareció á poco rato y dijo á Salvador:

—Ya sabes que nos esperan en Tacubaya?

—¿Mañana?

—No, esta tarde.

—¿Hoy es martes?

—Sí

—Yo no voy,

- ¡Hombre!
- Vayan ustedes.
- ¿Tienes que hacer?
- Mucho.
- Iremos todos; agregó Chona, te espere-
remos.
- No; vayan ustedes: no voy.
- Y Carlos salió de la sala.
- Este Carlos se hace más inglés cada día,
dijo Salvador, y acaso será el primer mo-
mento en que se ven marido y mujer en to-
do el día.
- Justamente.
- Lo dicho, ¡pobre de usted!
- Tenga usted presente que yo no me he
lamentado.
- No, porque hay enfermos que saben
sufrir. Curémonos, Chona, es necesario no
esperar la muerte en nuestra calidad de en-
fermos habituales; sanemos para morir des-
pués.
- Efectivamente, Salvador hablaba con sin-
ceridad, deseaba curarse, y solo este síntoma
era una regeneración.

En Chona se estaba operando también
una transformación.

Cuando en la historia de su vida moral no
leía más que esta palabra: «indiferencia» se
entristecía de su pasado, pero porque pre-
sentía una regeneración.

Chona debía sentir un abismo ante
cualquiera idea de regeneración moral, pero
no pensaba en el crimen: llevar hasta allá
sus ideas hubiera sido el colmo de la ma-
licia.

A esa puerta nunca toca el amor sino des-
pués de muchas curvas.

Cuando Chona estuvo la noche de ese día
sola en su dormitorio, contó con todos los
ángeles de la fantasía, menos con el del sue-
ño; fué el primero que huyó.

Ese ángel es el que precede en su huída
al de la inocencia y al del pudor.

Chona tenía una magnífica fotografía de
Salvador, hecha en París.

Le ocurrió ver esa fotografía.

—¡Quién lo había de creer! cualquiera
mujer que vea este retrato, cree que éste es

un hombre lleno de fé, de amor, de entusiasmo, de poesía y..... y no hay nada, ya es un cadáver.

—¡Hubiera yo visto á Salvador en París, lo hubiera yo podido seguir á todas partes para espiar sus acciones!

—¡Cuántas cosas habrá pasado! ¡qué feliz habrá sido! ¡cuántas mujeres lo habrán amado! y cuando el sueño se haya apoderado de él, cuán fatigado ha de haberse sentido y qué sopor se habrá apoderado de su cuerpo.....!

—La saciedad.

—He aquí lo que no comprendo: ¡saciarse! ¿de qué? porque saciarse, cansará el amor, el amor tendrá fin.?

—¿Si Salvador será nada más un cómico?

—De todos modos, le queda algo más que á mi marido. ¡Cuanto me ha hecho llorar Carlos!..... pero todavía, no lo sabe, él cree que jamás he derramado una lágrima..... ya se vé, para mi marido no hay lágrimas ni placeres, una letra de cambio no tiene ni sonrisas ni lagrimales.

—En fin, este Salvador me entretiene maravillosamente.

—¡Qué abismos, qué oscuridades se encierran en cada corazón!

—Yo no sé qué atracción irresistible me induce á averiguar la vida íntima de Salvador; nunca he podido comprender ese París que me pintan como una vorágine, donde se pierden capitales como se pierden creencias é ilusiones y todo.

Y Chona se quedó viendo de nuevo la fotografía de Salvador.

A trueque de exponernos á la crítica, no podemos prescindir de narrar aquí una situación idéntica, supuesto que real y positivamente pasaba tal como la vamos á describir.

Salvador estaba á la sazón en su cuarto viendo la fotografía de Chona.

—No tiene esta mujer nada de *chic parisien*, pero decididamente hay un tesoro en su corazón.

—Cuando se acostumbra uno á ver flores artificiales y á aspirar aromas de Pivet ó

de Ninon de Lenclos, se encuentra uno con un jazmín, con un verdadero jazmín y goza con su aroma.

—A mí me ha sucedido estar embadurnado con magnífica pomada imperial de heliotropo, teniendo á mis órdenes además un frasquito de extracto de á 25 francos, que valía por todo un jardín; y sin embargo, corté una sola flor de heliotropo para aspirar su esencia, la misma esencia de que estaba yo literalmente impregnado.

—Me acuerdo que Carlos me llamó estúpido, se rió de mí á reventar y no lo pude persuadir de que, impregnado como estaba de ese aroma, aún percibía el de la flor.

—Chona es el heliotropo, París el pomo de 25 francos. ¡Qué falta me hace un novelista! Si estuviera yo en París, le preguntaría á Mr. Alejandro Dumas (hijo), si es posible la regeneración moral por el amor; él que ha escrito eso, debe comprenderlo y debe saber si la moral de su Traviata, es aplicable al sexo fuerte, después de haber vivido diez años en París.

—En fin, veremos. Yo noto en Chona..... y á todo esto, este nombre no es eufónico, pero Encarnación es peor; no, no es peor; yo he oído decir: la encarnación de un ángel, de un sueño, de un deseo.

—¡Si me volveré poeta á la vejez; si iremos saliendo con que no lo he perdido todo y ando todavía en pañales en estas materias, á pesar de París!

—¡Ah! agregó Salvador suspirando profundamente: ¡es imposible!

—¡Después de las locuras!... ¡de aquellas encantadoras locuras de mi baronesa!..... ¡oh, qué baronesa, todo fué para ella..... todo!..... En el cementerio del P. Lachaise están mis treinta años convertidos en mármol y en arbolitos. ¡Chona! agregó con enfado, ¡Chona!..... no basta..... no alcanza..... no puede..... no sabe..... ¡pobre Chona!

Salvador había pedido té á su criado, y en este momento se lo servía.

Salvador hizo una seña á su criado, y éste sin vacilar un instante puso la licorera sobre la mesa.

—Sírvenme *Kirsch*.

El criado obedeció.

Salvador estaba acostumbrado á no cuidarse de sus criados, y en materia de amores el criado solía estar al tanto de muchas poridades.

Sobre el buró había un zapato de mujer, un zapato parisiense de raso color rosa pálido; aquel zapato perteneció á la baronesa, lo sabía el criado y sabía también que dentro de aquel zapato había de poner la cerillera.

El criado podía también hojear en ausencia de Salvador el album secreto de su amo.

Era un album en folio, tenía sobre la pasta un bajo relieve representando el Amor con todos sus atributos.

Aquel album era horriblemente curioso.

Todo lo sabía el criado de Salvador; pero éste, por primera vez en su vida, se ocultó de su criado para contemplar la fotografía de Chona; hizo más, la guardó mientras su criado le servía.

Estaban, pues, ya frente á frente dos co-

razones que latían bajo muy diversas impresiones.

El de Chona era un tesoro virgen.

El de Salvador, una caja vacía.

